

El idioma nacional

(*La Nación*, Buenos Aires (B. A.), 1 marzo 1908)

EL IDIOMA NACIONAL

(Para *LA NACION*)

SALAMANCA, enero de 1908.

Mirror, en una correspondencia escrita en Santiago de Chile y publicada el 23 de diciembre en estas columnas, tomaba en cuenta la nada blanda crítica que dediqué al libro «Raza chilena», y yo quiero tomar ahora también en cuenta algunas observaciones de Mirror. Y como esta es, dado mi humor, la mejor manera que tengo de dar las gracias y hacer aprecio de alguien, huelga el que exprese más por extenso cuán agradecido quedo á Mirror por su correspondencia. Conforta de otras cosas y otros hombres el poder tratar con hombres así.

Ante todo, una manifestación. Yo no dudo de los méritos de la última parte de la labor del autor de «Raza chilena», ni dejo de reconocer la nobleza de aquellas páginas en que aboga por las clases populares chilenas, no tan atendidas, sin duda, como debieran estarlo en un país organizado en gran parte para la guerra y el botín y de donde no se ha arrancado aún la oligarquía conservadora. Y no es esta la ocasión de hablar—que ya me negará—de todo lo que significó la tragedia de Balmaceda y de todo lo que significa para la suerte del proletariado chileno la detentación de Tacna y Arica.

Toda esa parte en que el autor de «Raza chilena» delata el abandono en que se deja al pueblo, al sufrido roto, que parece empieza á ser víctima del alcohol por cul-

pa de aquel abandono, todo eso está muy bien, pero no era cosa mía el tomarlo en cuenta. Creo, además, que contra la intención del autor los dos elementos capitales de su obra se contradicen entre sí. La exaltación, patriotería y toda aquella fantástica y anticientífica gotología se está dando de cachetes con la causa del pueblo. Esos goticismos y todo lo que á ellos se parece, tanto ahí como aquí, no sirve sino para exaltar á las clases que llamamos dirigentes cuando no son más que explotadoras. Esa clase de nacionalismos van siempre contra el pueblo que trabaja y sufre.

Ya sé yo que para muchos el haber yo fustigado un libro que en gran parte se destina á reivindicaciones populares, hará que se me presente como un enemigo de ellas. Es inevitable. En estos pueblos infestados de politicismo—España es uno, y Chile tal vez otro—lo primero que de un escritor se inquiera es sus opiniones políticas y religiosas. De un hombre como Balmorón me decía una vez su gran amigo y gran amigo mío, Guerra Junqueiro, que divide á los poetas en republicanos y monárquicos. Y en la patria de Guerra Junqueiro, en Portugal, no se puede hoy, ante ciertas personas, decir la verdad respecto al insoportable erudito Teófilo Braga, porque el ser éste consecuente republicano y hombre de integérrima conducta, de enorme lectura y autor de un número de obras ati-



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALALES

borradas de noticias y de inocentadas, hace que para muchos sea intangible.

Sé muy bien esto y sé también que en el fondo de eso que algunos dicen de que no acaban de entenderme no hay sino el no poder clasificarme según la tabla de clasificación, pegándome un rótulo cualquiera. Hablan mucho de libertad é independencia de juicio, pero así que se encuentran con un espíritu de juicio de veras independiente, ya no se hallan.

Y descartados por ahora estos puntos, á los que he de volver, vengamos á otra cosa.

Dice Mirror que á su juicio no me ha detenido bastante en el intento del autor de «Raza chilena», de hacernos creer que el lenguaje vulgar del pueblo chileno no es mal castellano, sino el idioma llevado allá por los conquistadores. «Y decimos—añade—que el señor Unamuno no ha insistido bastante en este punto, porque nos habría agradado mucho conocer lo que piensa de esta marcadísima inclinación que siempre hemos tenido en Chile á crearnos un idioma propia.»

En Chile y en otras parte de la América de lengua castellana.

«Esta inclinación—agrega—es antigua; puede decirse que nació con la propia independencia y ha sido tan persistente, que no hace mucho un pedagogo dió en la universidad una conferencia sobre la necesidad de tener en Chile un idioma propio.»

Habla después Mirror de la que se llamó ortografía chilena y de otros particulares. Y dice que la misma inclinación que les hace tener una ortografía propia les mueve también á considerar como chilenismos muchos términos que no lo son, pues, si no se usan se han usado en la península como he hecho notar. Y añade que leyendo él, Mirror, hace unos años, con un amigo, los «Majos de Cádiz» de Palacio Valdés, apuntaron más de un centenar de palabras que figuran en ese libro y que en Chile se tienen por chilenismos.

Voy á satisfacer á Mirror.

Esa tendencia á arrogarse ó pretender crearse un idioma nacional propio es muy natural en los pueblos que habiendo logrado la independencia política no han conseguido aún la espiritual, es decir, no tienen aún una fisonomía propia que les distinga de los demás pueblos y á los ojos de estos en el orden de la cultura. Cuando uno no se distingue aún por nada íntimo, busca distinguirse por el traje ó por cualquier otra exterioridad. Y esa tendencia irá remitiendo y debilitándose á medida que los pueblos hispanoamericanos vayan cobrando personalidad, como está ya sucediendo. Entonces comprenderán cuán inmensa ventaja es la de tener una lengua internacional, de veinte naciones, la más extendida en superficie y que llegará acaso á ser un día la que hable mayor número de hombres. Entonces comprenderán que la personalidad debe buscarse no en usar distintas armas ó distintos trajes que los otros, sino en manejar aquéllas ó llevar éstos de un modo propio y personal.

En Noruega se habla el danés y en danés están escritos los dramas de Ibsen. Las diferencias entre el danés hablado en



Dinamarca y el hablado en Noruega son de pronunciación, siendo una misma la lengua escrita. Y no han faltado noruegos que hayan pretendido adoptar una cierta ortografía fonética sin más objeto que diferenciar su danés del danés hablado en Dinamarca y hacerse una parodia de idioma nacional. El buen sentido del pueblo lo ha impedido.

El castellano y el portugués escritos se parecen tanto que sin gran esfuerzo podemos leer los unos lo que los otros escriben. No así, sin embargo, en la lengua hablada, pues la complicadísima fonética del portugués y la extensa gama de matices de sus vocales hace que á las veces dude un español que no lo conoce de oídas si lo que oye hablar es siquiera un idioma latino. Pero si en la ortografía los portugueses usan la etimológica, y escriben «mythologia» lo que nosotros mitología creo es en parte por diferenciar su lengua escrita. Adoptáramos nosotros su ortografía y adoptarían ellos la nuestra.

Y en el fondo de ese ridículo emperramiento de los mejicanos de escribir México con equis y no con jota hay acaso algo más que dar á la palabra un cierto aspecto exótico y poner de manifiesto su origen indígena? Porque si ha de escribirse así porque procede de una paladial azteca y fue sch, por la misma razón deberían escribirse con equis muchas jotas castellanas, casi todas. ¿Por qué no escriben Guadalajara? Porque si la jota de México proviene de una paladial azteca, también la jota de Guadalajara proviene de una paladial arábiga. Y, ó se tira de la cuerda para todos ó para ninguno.

Por otra parte, el que los chilenos y argentinos y mejicanos y los demás americanos de lengua castellana, estimen como voces y modismos propios y peculiares de su tierra muchos que no lo son—la mayoría de ellos—depende de que viajan poco por España y de que apenas conocen más castellano español que el escrito y literario, el de los libros. Y hasta cuando vienen por acá, puede decirse que no salen de Madrid y otras capitales. No conocen, por lo común, la lengua de los campos.

Lo he dicho cien veces; de cada veinte que un hispanoamericano, al citar una voz ó un modismo, añade: «como decimos por acá», las diez y ocho es algo que también aquí se dice. Lo que les pasó á Mirrer y su amigo leyendo los «Majos de Cádiz», de Palacio Valdés, les pasaría en mayor grado si viajasen por nuestros campos.

El autor de «Raza chilena» trae un copioso caudal de voces que estima chilenismos, y de todas ellas apenas hay tres ó cuatro que yo no conociera por acá. Aquí se dice «chaiga» y «aillante» (adelante) y «botar» y «regodear» y «treato» y «sordao» y «pelva» y «güeno» y «golvero»... y, en fin, casi todo eso. El autor chileno se fía demasiado de la academia. Y porque ésta dice que «listo» significa «diligente, pronto, expedito», se cree que en España no significa «listo» lo mismo que en Chile y lo mismo que allí, cuando decimos de uno que es muy listo, queremos dar á entender que es astuto y zorro.

Y lo mismo que en Chile quiere decir en España «sacar el pellejo», desnudar de su buena fama al prójimo. Y lo mismo que en



P. Valdés



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

Chile... casi todo lo demás, como puedo probarlo.

Las modificaciones fonéticas que el autor señala no se deben ni á aquella tierra ni á que sea otra raza; se deben á una lógica interna del castellano mismo, á un proceso de homogeneización y nivelación. Es la lengua misma, por decirlo así, la que se modifica, y obedeciendo á los mismos principios generates en Chile y en España. Es el elemento popular, romancado, digerido de la lengua, el que trata de asimilarse al otro elemento culto, latinizante é indigesto. En España como en Chile el pueblo rehuye el nexo *ct*, que no es genuinamente castellano y en las voces de origen culto que lo conservan—pues en las populares se hizo *«ch»* y algunas veces *«t»*— en España como en Chile tiende á decir «efecto» por «fecto». Es la lógica interna del idioma, repito. Es la ley de la analogía.

Lo que ahora, aunque un poco de pasada, he hecho con los chilenismos del autor de «Raza chilena», hice hace ya seis años con los argentinismos que el señor Soto y Calvo recopiló al final de su poema «Nostalgias». Lo hice en el número de «La Lectura», revista de Madrid, correspondiente á abril de 1903, donde puede verlo el curioso á quien estas cosas interesan.

Allí mostré que de los seiscientos y pico, entre vocablos y giros, de que consta el Vocabulario aquel del Sr. Soto y Calvo, la inmensa mayoría de ellos son corrientes en una ú otra región de España. En rigor las únicas palabras exclusivamente argentinas que el tal vocabulario trae son las de animales ó plantas propias de ese país, como «mburucuyá», «ñacurutú», «ñandú», «ceibo», «vizeacha» y algunas otras pocas, como «milonga» ó «mucama». Lo que no es de origen indio es de origen castizamente español.

Y entonces dije y hoy repito que el castellano español y el argentino no se diferencian tanto en el fondo popular, hablado y vivo, cuanto en la espuma literaria, escrita y en cierto modo muerta. He leído el «Martín Fierro», el «Fausto» (argentino), el «Santos Vega» y otros poemas gauchescos y los aseguro que cuanto más un escritor argentino trata de acercarse al modo de decir de su pueblo tanto más español me resulta. No es eso lo que más nos choca, no; lo que nos choca son los desatinados neologismos que forjan ciertos escritores, más ó menos modernistas, que leen más francés que oyen hablar al pueblo de su propia tierra.

Y entonces dije también cuán en lo cierto estaba Sarmiento, este hispanófilo tan profunda y radicalmente español cuando en su carta al profesor D. Matías Calandrelli, que precede á la edición de su «Facundo» que tengo á mano, hace observar que él ocurría con frecuencia en esa su obra á locuciones atinadas, pero castizas, no se debe á mucha lectura de autores castellanos antiguos, sino á que, como él dice, «habiéndome criado en una provincia apartada y formádome sin estudios ordenados, la lengua de los conquistadores había debido conservarse allí más tiempo sin alteraciones sensibles, lo que corroboraba yo con muchos hechos, y aceptaba él (Mantilla, hablista habanero) como plausible, bien así como los



/c

/e



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES

ingleses insulares de hoy han hallado en Norte América locuciones que traía Johnson y no conserva Webster en su Diccionario.

No hay, pues, en la América española tales idiomas nacionales como cosa distinta del castellano. Castellano son, como es castellano lo que se habla en Andalucía y en Aragón y en casi toda España. Ahora que cada cual le da su acento y su tono.

Nosotros los vascos, v. gr., vamos dejando nuestra antigua lengua y adoptando el castellano, lengua internacional, pero me parece que llegará un día, y aun hoy sucede, en que á los escritores vascos se nos conozca por un cierto modo de manejar la lengua común.

Y lo que revela un desconocimiento del proceso lingüístico y de la influencia, cada vez mayor, de la lengua escrita sobre la hablada, es aquello de Pellegrini cuando decía que al cabo de tres siglos se hablará en la Argentina un idioma especial. Afirmar tal cosa equivale á desconocer que el proceso de integración va de par con el de diferenciación y que las relaciones por escrito entre los pueblos, aparte de otras relaciones, tienden á nivelar las diferencias. Lo que por el contrario sucede es que las lenguas románicas (italiano, castellano, francés, portugués, catalán, etc.), tienden á semejarse cada vez más.

Y en el fondo de todo eso, hay que decirlo claro, no hay en muchos más que ojeriza y desafección á España y á toda lo español. Afirman redondamente la superioridad de la lengua francesa, v. gr., sobre la castellana, los que no conocen aquella mejor que ésta, conociendo ésta muy mal, y sobre todo los que habiéndolo buscado no han conseguido crearse una reputación literaria escribiendo en castellano. No hay superioridades ni inferioridades absolutas; lo que es en un respecto superior á otro, lo es en otro respecto inferior. Y sobre todo, para cada cual la mejor piel es la suya propia, por ser la que se formó y creció con su propio cuerpo.

Si, en el fondo de mucho de eso late recelo ó desafección á España. Hay desgraciado que se cree que con la lengua castellana va el espíritu inquisitorial ó que no podemos decir en ella lo que en otras se dice.

Agréguese, porque todo hay que decirlo, la influencia de gentes que no siendo de origen español se ven compelidos á servirse de nuestra lengua. Durante muchos años mi patria, España, y su literatura contemporánea, han sido objeto de los ridículos desdenes y hasta de las calumnias de los que no las conocían apenas. Se nos quería, de una parte, hacer pagar pecados de nuestros bisabuelos; pero, sobre todo, no se podía sufrir el que no nos rindiéramos por completo, y el que aun conserváramos algo del tesoro tradicional sin declararnos en la cultura tributarios absolutos de otro pueblo.

Hoy las cosas empiezan á cambiar. Por esas tierras de lengua castellana empiezan á curarse de prejuicios de que no se libraron ni espíritus excelsos como el de Sarmiento, y son ya muchos los que creen que





hay aquí novelistas y dramaturgos y poetas y cronistas que pueden ponerse al lado, cuando no más, de los más celebrados de allende los Pirineos.

A ello contribuye el que nosotros, por nuestra parte, nos vamos curando poco á poco, demasiado poco á poco acaso, de nuestra manía casticista y de aquel ridículo empeño de ejercer el monopolio del idioma común. Vamos comprendiendo que pues el castellano se ha extendido por tan vastas tierras y es hoy el idioma de veinte naciones, tiene cada una de ellas derecho á influir en él contribuyendo á su progreso. Que los escritores americanos han influido en la manera de escribirse hoy aquí el castellano es indudable, y no menos indudable para mí que no siempre en el mejor sentido.

La lengua es un arma y todo perfeccionamiento que en un arma introduce un pueblo, muy pronto lo adoptan los demás pueblos que la usan. Siempre le quedará á cada uno el modo de manejarla, y sobre todo, el valor y arrojo con que la emplee y los fines para que lo haga.

¿Crecéis acaso que me he parado nunca mucho en esteticismos al manejar mi lengua? No, y Dios me libre de ello. No quiero estropearle el estilo. Y mi estilo—pues estilo no es manera ni es acicalamiento lingüístico—creo conservarlo puro y recio, genuinamente vasco, no haciéndome caso de literaterías que á la larga resultan antiliterarias. Si Chile ó la República Argentina tienen sus propios idiomas nacionales, yo tengo mi propio idioma personal; y, sin embargo, entiendo perfectamente á chilenos y argentinos, y me hago la ilusión de que ellos también me entienden. Y es lo que importa.

MIGUEL DE UNAMUNO.

